



¿Cómo citar este artículo?

Chaves, J. (2017). A recuperar las raíces.

Revista Reflexiones y Saberes, 4(7), 53-62.

Recuperado de <http://revistavirtual.ucn.edu.co/index.php/RevistaRyS/article/view/862/1380>

A recuperar las raíces

José Chaves Moran

Estudiante, Fundación Universitaria Católica del Norte

Correo electrónico: jose.chaves.moran@gmail.com

Tipo de artículo: reflexión académica.

Resumen

Hablar de ética en el contexto en el que nos desenvolvemos parece una proeza, puesto que se ha desvirtuado la expresión a tal punto que se ha convertido en un término hueco y sin sentido. Su ausencia hace que el hombre se convierta en el juez de sus propios actos, muchas veces justificándolos y llegando al punto de darle apelativos de justos por el fin que persigue. Se requiere con urgencia comprender que la ética y la moral son dos

experiencias humanas que dirigen la vida de la persona; de las concepciones que tengamos de estas resultará una estructura de persona, la que a su vez aporta a la transformación social. La carencia de líneas claras o concepciones de ética podría conducir al ser humano a convertirse en un posible delincuente refinado.

Palabras clave

Ética, Moral, Familia, Escuela, Normar, Actuar.

*Huyo del mal que me enoja buscando el bien que me falta.
Más que las penas que tengo me duelen las esperanzas.
Manuel Altolaguirre*

Introducción

Todo conglomerado humano busca por diferentes medios la realización de cada uno de sus integrantes. Para ello, establece mecanismos que se convierten en orientadores y marco referencial para su actuar. El paso vertiginoso del tiempo ha trastocado las concepciones y visiones que nuestros antepasados tenían, en cuyos contextos no existía la problemática o los pasos agigantados que por doquier se ven en la actualidad; sin embargo, desde la antigüedad se vislumbraban algunos sesgos que ponían la mano en la llaga y sacudían a los progenitores. Así lo deja entrever Aristóteles cuando da a conocer a los ciudadanos romanos las actitudes de los jóvenes: para él son descontrolados, han perdido respeto por los adultos, menos aún dimensionan lo que es la educación y, por lo tanto, carecen de moral.

Quizá algunos aspectos han prevalecido en el tiempo y podríamos afirmar que no han cambiado en absolutamente nada; pero, en oposición, vemos a jóvenes creadores que son capaces de desempeñarse de manera competente en su experiencia cotidiana, responsables y, sobre todo, conscientes de que su actuar incide de manera contundente en los demás.

En el presente documento se presenta una reflexión concreta que tiene como punto de partida la crítica a una realidad. Si bien esta última es el escenario para el desarrollo de la persona, en más de una ocasión ha perdido el rumbo y se ha dejado llevar por los vientos de los esnobismos del modelo económico o los modelos que abundan en los medios de comunicación, dejando de lado lo auténtico: el ser.

La búsqueda de las raíces axiológicas se convierte, por tanto, en una necesidad urgente, y todos los estamentos deben reevaluar su punto de vista y aportes a cada uno de ellos, por lo cual el documento se divide en cuatro apartados. La reflexión comienza con una visión contextual actual; posteriormente, se aborda el papel de la conciencia, seguido por un llamado a la familia y su papel protagónico como formadora y gestora de seres con principios, valores y actitudes; y, por último, se aborda a la escuela, que también es un agente que aporta en la consolidación

de las personas. La conclusión del documento no mostrará la desazón, sino los caminos necesarios para reorientar lo que se hace, en procura de formar seres sensibles ante la situación del otro desde una reflexión sobre sí mismo.

Conviene aclarar que este documento no se constituye en “palabra de Dios”, sino en una reflexión que invita por diferentes medios a nunca dejar de lado la utopía humana: procurar ser mejores cada día.

Un contexto por comprender

Asistimos a un momento histórico: el cambio de milenio, el ingreso a una nueva década y una desbandada de experiencias en todos los ámbitos en los que se desenvuelve el ser humano. Esto lleva a preguntarnos si todo aquello que nos rodea está ayudando a la edificación del ser humano. La respuesta, aunque inmediata, debe pensarse y, más aún, repensarse. Las mentalidades agoreras llegan a afirmar que cada día nos aproximamos a un cataclismo final en el que el hombre se vuelve contra el hombre; y la destrucción social, familiar y personal es el común denominador de una sociedad enferma, hedonista y sin principios, cuya búsqueda insaciable hunde sus raíces en la satisfacción de sus deseos primarios e instintivos, al margen de su construcción personal.

Santamaría (1998) afirma que existen sicarios de la palabra, y más aún, las organizaciones se están invadiendo en la actualidad de ellos: personas que tratan de destruir con sus comentarios lo que se está haciendo bien y no van en consonancia con sus deseos individualistas o malsanos. Ahora bien, es necesario detenernos para encontrar un punto de quiebre o quizá un norte, echar la mano al bolsillo para encontrar una brújula que nos oriente y ponga fin a esta situación de forma paulatina.

En este sentido, la visión de la ética en el momento se difumina hasta tal punto de quitarle su importancia. De la misma manera que todos los seres tenemos estatura, color de pelo o peso, tenemos ética, por lo cual no existen personas amorales. Así entonces, encontrar a una persona que esté más allá del bien y del mal es una empresa sin ningún fin positivo; pero, si lo anterior sirve de referencia, sería bueno preguntarnos: ¿dónde el hombre extravió el camino?

Como lo afirma Cortina (2013), “ninguna sociedad puede funcionar si sus miembros no mantienen una actitud ética”. Es claro en este punto que la primera célula de la sociedad es la familia: la problemática en la que está inmersa es el primer indicio para determinar dónde subyace tanta confusión. Si hacemos una remembranza, podríamos recordar que la familia se estructuraba de una forma concreta: la monoparental — esto es, padre, madre e hijos— era la conformación general y aceptada; en ella, los padres eran los responsables directos de inculcar a sus hijos los principios, entendidos estos como los valores que son recibidos en la infancia de manera vertical por agentes con autoridad (Pascual, 1995). Estos principios brindaban la cohesión y directrices para la vida —más aún, acompañados de unas cuantas nalgadas—, y formaban a los hombres y mujeres de la sociedad.

Es innegable que la necesidad de adquirir algunos recursos para sobrevivir en un mundo competitivo, que favorece a quienes tienen y relega a los que no poseen nada a situaciones más paupérrimas aún, ha llevado en la actualidad a que los dos padres deban trabajar. Esto ocasiona que abandonen la formación de los hijos o, peor aún, que deleguen esta responsabilidad en terceras personas (la empleada del servicio doméstico, el colegio, los abuelos) que, si bien procuran hacerlo, no poseen la autoridad que los padres tienen y, por lo tanto, se obtiene unos resultados que no son los más pertinentes.

Esta caída perpendicular está acompañada por la influencia cada vez mayor de los medios de comunicación social: estos socavan lo poco que queda de la consolidación axiológica de las personas, ofreciendo modelos ficticios, superfluos, y lo que es peor, arrastrando a las personas a una experiencia tan libre que todo aquello que tenga que ver con ética o moral se considera del siglo pasado, vetusto o trasnochado.

Ahora bien, como se manifestó con anterioridad, las mentalidades agoreras vaticinan el cataclismo final axiológico; quizá hacen eco a muchas afirmaciones planteadas desde tiempos pretéritos; Aristóteles (340 a. C.), por su parte, manifestaba que "los jóvenes de hoy no tienen control y están siempre de mal humor. Han perdido el respeto a los mayores, no saben lo que es la educación y carecen de toda moral". Sócrates (469 a. C. - 399 a. C.), a su turno, manifestaba algo similar: "los jóvenes de hoy aman el lujo, tienen manías y desprecian la autoridad. Responden a sus padres, cruzan las piernas y tiranizan a sus maestros". Hasta aquí, parece que la situación de la Grecia clásica es homogénea respecto de la actual, pero veamos la otra cara de la moneda: para nuestro entender, los niños y jóvenes no han perdido los valores en absoluto; han modificado las concepciones que se tienen de ellos, quizá ajustándose a las situaciones actuales y respondiendo a lo poco que reciben en su hogar. Por tanto, no se puede esperar una estructura adecuada si no se cuenta con los insumos básicos para hacerlo.

En este orden de ideas, es imperativo poner de manifiesto que la comprensión de ética y moral para la mayoría de las personas atraviesa por dificultades que se agudizan cada día más. Jóvenes y adultos tienen visiones tan dispares al respecto que los términos que se acuñan a sus propios caprichos y, al final, todo termina como el agua entre los dedos: en nada. Ahora bien, lo anterior se ve reforzado por las propuestas apologéticas que lanzan los medios masivos de comunicación, los cuales responden al vaivén desmedido de unos grupos concretos.

Con lo anterior, vemos que es necesario clarificar cosas; solo así se podrá tomar un rumbo diáfano. Creemos que la pregunta obligatoria es ¿qué es la ética? Al respecto, el *Diccionario de la Real Academia Española* (2014) dice que es la parte de la filosofía que trata de la moral y de las obligaciones del hombre, y que la ética profesional es el conjunto de normas morales que rigen la conducta humana. El actuar práctico del ser humano se constituye en el fundamento de la reflexión ética, puesto que el hombre se aparta de los demás seres de la naturaleza por su capacidad racional; por lo tanto, todo lo que hace tiene una causa u objetivo y, por ende, unas consecuencias.

La consciencia

A la altura de esta reflexión, vale la pena preguntarnos qué lleva a los hombres a actuar de determinada manera. En su constitución posee un elemento denominado consciencia: ella le permite volver una y otra vez sobre lo que hizo, en tiempos diferentes (Pascual, 1995); y ese proceso está intrínsecamente relacionado con la memoria. En este orden de ideas, surge la consciencia psicológica, pero cuando este proceso se referencia con unas normas específicas de modo tal que se convierte en parámetro y estas llevan a postular si lo hecho fue bueno o malo, surge la consciencia moral.

Según Rubia (2010), la consciencia es uno de los conceptos que asumimos de manera intuitiva; no obstante, es difícil o imposible describirla adecuadamente en palabras. Es posible postular que consciencia es el estado subjetivo de percibir algo, sea dentro o fuera de nosotros mismos. En este orden de ideas, hacer alusión a la consciencia es adentrarnos en un campo subjetivo, que en palabras de Sherrington (1940) es "científicamente inexplicable".

Lo anterior nos lleva a afirmar, de manera enfática, que los procesos de formación humana procuran gestar una estructura concreta en las personas, que le brinde bases adecuadas para encarar las problemáticas que les rodea, capaces de postular respuestas o soluciones en aras de la consecución de un entorno más amigable. Ahora bien, ¿qué asegura realmente que el hombre está en la capacidad de hacer las cosas bien, o más aún, que lo realizado es adecuado? Aquí cobraría validez la afirmación de Protágoras de Abdera (490-420 a. C.): "el hombre es la medida de todas las cosas". Esta situación debe verse con mucho cuidado para evitar caer en subjetivismos extremos que lleven a justificar, manipular, o quizá a sopesar las acciones que se hacen bajo el pretexto de que se juzgaban correctas.

Si bien es cierto que para un número considerable de personas el papel de la consciencia es una simple invención, debemos defender de manera enfática que todos los seres humanos necesitamos generar en nuestras vidas unos referentes concretos, los cuales se encargarán de hacernos caer en cuenta en la validez o no de nuestras acciones. No podemos caer en la negación o justificación de la praxis cotidiana so pretexto de ignorancia o tal vez fines de tipo altruista, bajo los cuales todo tiene un argumento que los valide; esto no es posible, ni negociable.

La importancia de la familia

Los obispos reunidos en Roma para el Concilio Vaticano II, en el año 1965, afirmaban que

La familia es escuela del más rico humanismo. Para que pueda lograr la plenitud de su vida y misión se requiere un clima de benévola comunicación y unión de propósitos entre los cónyuges y una cuidadosa cooperación de los padres en la educación de los hijos.

Con mucho respeto a las visiones multirreligiosas, la postulación de los obispos conciliares trae consigo una invitación bastante fuerte a la familia: ella se constituye en la *domos ecclesia* y, más aún, en escuela de humanismo; una responsabilidad inmensa recae sobre ella, debido a que en sus manos está la responsabilidad de orientar, guiar y formar a los hijos.

El problema surge de inmediato: sin deseos de componer una visión negativista en este escrito, la estructura familiar en la actualidad no es un referente claro de formación. Ha desaparecido la autoridad so pretexto de ser más familiares, lo que ha llevado a los padres a considerar a sus hijos como amigos. Así, la ausencia de los progenitores va sumiendo a su prole en un sinsabor existencial; no es raro encontrar casos en los que adolescentes y jóvenes atentan contra su vida ante un problema que se suscita en la cotidianidad, que puede afectar las esferas afectiva o personal y lleva al suicidio juvenil a constituir la tercera causa de muerte a nivel mundial. Al respecto, un informe de la *Revista Hechos y Crónicas* (2013) manifiesta que

Las cifras causan escalofrío. Cada año se suicidan en el mundo algo más de 600.000 jóvenes entre 14 y 28 años, mientras gobiernos e institutos científicos, universidades y organizaciones no gubernamentales y hasta entidades religiosas tratan de encontrar las causas de este fenómeno y formular recomendaciones que frenen la autodestrucción juvenil que se suma al envejecimiento acelerado de la población mundial.

Es alarmante encontrar situaciones así. Las causas son variadas e incluyen la sobreprotección de los padres que lleva a sus hijos a la inutilidad, por cuanto esperan que hagan, digan o encuentren soluciones por ellos; y que, al enfrentar una situación álgida sin poseer las herramientas personales para resolverlas, ven el escapismo suicida o de autoagresión como la solución a primera mano, o más aún, como el grito lastimero y melancólico que reclama protección o reconocimiento. De modo contrario, otra causa de lo anterior radica en la ausencia total de los padres en el hogar, amparados en la necesidad apremiante de tener que trabajar, a tal punto que deja de importarles lo que le suceda a "sus" hijos.

Los profesionales de la psicología manifiestan que los jóvenes de hoy sufren los avatares de la soledad, la falta de acompañamiento, y la inseguridad frente a una sociedad salvaje que no tiene compasión con nadie, y que sumerge en sus tentáculos a las personas, llevándolas a una vida sin esperanza; en esta situación se buscan salidas extremas o límites, entre las que se cuenta atentar contra la propia integridad.

Con lo anterior, no es raro encontrar con situaciones en las que, influenciados por la cultura triunfalista y que presiona por el éxito a toda costa, los jóvenes no han adquirido la capacidad para asumir la pérdida. Al parecer, se sigue proponiendo un ámbito de competencia, sana o no, en el hogar y en la sociedad; ahora bien, la frustración que puede generar el hecho de no alcanzar logros que fueron pintados de mil colores y se creían fáciles y sin esfuerzo, constituye otro índice de falta de formación. No creemos que sea un atentado manifestar

que, si bien no es una situación generalizada, la familia ha abandonado su papel formativo y se ha limitado a procurar las cosas básicas para sobrevivir en contextos cada vez más adversos.

El papel de la escuela

Los cambios dinámicos por que atraviesa la sociedad exigen que todos los agentes de la misma asuman compromisos concretos, que les permitan estar a la vanguardia; en caso contrario, se estarían abocado a experiencias opuestas. Los procesos educativos no están al margen de esta exigencia; la escuela pasó de ser el recinto de transmisión de conocimientos a un espacio que debe responder no solamente por la formación, sino por otras exigencias. Así lo deja ver Astudillo (1999) cuando afirma que

La educación actual afronta múltiples retos. Uno de ellos es dar respuesta a los profundos cambios sociales, económicos y culturales que se prevén para la 'sociedad de la información'.

Esta afirmación adquiere más peso con el planteamiento de Dussel (2006), cuando manifiesta que

Hoy los docentes tienen nuevos desafíos y la escuela es un lugar de enseñanza más integral. Apareció, por ejemplo, el fenómeno de la responsabilidad legal y cambió la relación docente-alumno. A la escuela se le han pedido muchas cosas en este tiempo, que las familias no pueden responder: comedor, asistencialismo y disciplina.

Como se puede evidenciar, los cambios sociales impactan de forma contundente en el quehacer educativo. Las necesidades laborales de los padres y madres de familia desplazan responsabilidades propias en los maestros; y la escuela pasa de ser el centro de formación a ser adicionalmente un centro de cuidado, de defensa y garantía de los derechos.

En la mayoría de los casos, este panorama que asume connotaciones variopintas no cuenta con las herramientas necesarias para cumplir su función específica: la carencia de recursos, insumos e infraestructura adecuada es el primer problema; y la falta de colaboración y acompañamiento de los padres y madres de familia es otro. Si bien es cierto que, desde tiempos pretéritos, la escuela ha cumplido la función de orientar y formar, no podemos aceptar que los padres, amparados en las situaciones sociales, dejen de lado el acompañamiento y generación de parámetros normativos en sus respectivos hogares. Es innegable que la escuela construye, pero sin olvidar que la responsabilidad es un ejercicio mancomunado, adelantado por colegio, padres y estudiantes, entre los cuales debe aparecer un compromiso sinérgico que establece unos propósitos o metas a las se encaminan todas las fuerzas.

Consideramos que en las estructuras pedagógicas generadas por los modelos educativos que sirven de referentes en nuestros países priman unas cosas, mientras otras se hunden en el abandono. Hay

un sobresalto por el incremento de la delincuencia, los asesinatos y el surgimiento de los grupos irregulares; en últimas, un diagnóstico que demuestra la enfermedad crónica en la que estamos inmersos. Sin embargo, se relativizan las normas, se sustrae del currículo el tiempo destinado a las áreas de formación humana y se sobrecargan aquellas que propenden al conocimiento —en más de una ocasión, desarticuladas de los contextos—, hecho que convierte en una odisea la búsqueda de un espacio para la formación humana.

Así, los centros de formación, amparados en la formación en valores, repuntan o van desapareciendo, puesto que es más importante un bagaje de saberes, aunque al margen de la formación de la persona; o, por el contrario, el ideario de personas que descubre en la escuela un apoyo irrestricto y directo en la formación de los futuros ciudadanos. Al respecto, debemos puntualizar que la ética debe encaminarse hacia la consolidación del ámbito social, como lo afirman Vidal y Santidrián (1981, p. 23):

El bien común es una meta a perseguir, a través de éste concepto, la teleología de la sociedad se convierte en normatividad ética. El bien común, es la expresión de la normatividad teleológica de las realidades sociales.

Amén de estas expresiones, todos los esfuerzos deben encaminarse hacia la consolidación de la persona desde el aspecto ético. La adquisición de perspectivas en este campo llevará a las personas a ser realmente “personas”: dóciles a la situación difícil por la que atraviesan sus congéneres; comprometidas con la construcción de una sociedad más equitativa y justa; y, sobre todo, protagonistas de su propia construcción vital.

Lo anterior solo será posible cuando la transformación curricular dé importancia a la consolidación del ser de la persona, que en palabra de Delors (1996) se dirige a la formación de actitudes personales (autoestima, autonomía, responsabilidad y afectividad, entre otras) y valores sociales (empatía, solidaridad y manejo de conflictos, entre otros). Como lo podemos ver, estos valores permiten a los niños y jóvenes modificar de forma paulatina su interacción con los otros desde un autodescubrimiento; los impulsa a salir de su individualismo; y los consolida en seres sociales. Por ende, la necesidad de articular el currículo de forma transversal emerge como una necesidad vital para que los centros educativos se consoliden en su meta original: “ser centros de formación”.

En conclusión y sin que esto agote la reflexión, podemos postular que todos los agentes que conforman la sociedad deben comprometerse de manera directa en la consolidación del ser humano. No se puede aceptar que se juegue en diferentes escenarios, procurando hacer frente a una sociedad tan contraria a la esencia del ser de la persona: el “partido” debe ser jugado en equipo, en tanto tratar de hacerlo de forma individual solo llevará a la desazón y la frustración.

Cada vez estamos más convencidos de que la familia, sin importar su dinámica o estructura, debe buscar las raíces y, sin posibilidad de

negociar, establecer los principios necesarios para la formación de sus hijos; y a su turno, el colegio brindará los espacios necesarios para fortalecer el trabajo primigenio de la casa. Es necesario dejar la alcahuetería y la complicidad de padres que abandonan su rol y, para evitar las pataletas de sus hijos, se convierten en sus amigos —perdiendo con ello la autoridad de forma automática— y, quizá, gestan personas incapaces de valerse por sí mismas, ya que estarán a la espera de que todo les sea solucionado por otros, en tanto que su equipaje personal está vacío.

Conclusión

La visión de que los niños y jóvenes han perdido los valores es el segundo planteamiento que debe desecharse: recordemos que ellos están imbuidos de otras visiones axiológicas, y por lo tanto se necesita llegar a acuerdos que deben ser respetados, pero de forma taxativa.

Aun cuando los demás agentes de la sociedad poseen sus propias dinámicas, no pueden estar al margen de este proceso. Es necesario cambiar la mentalidad desde las altas esferas políticas y sociales, quienes deben propender por normatividad adecuada para este fin; de lo contrario, se haría realidad la afirmación de Jacques Delors: “demasiado a menudo, la violencia que impera en el mundo contradice la esperanza que algunos habían depositado en el progreso de la humanidad” (1996, p. 91). En vista de lo anterior, es necesario mantener la esperanza y no abandonar la utopía.

Referencias

- Astudillo, E. (1999). Desafíos del nuevo escenario educativo. *Revista Universitaria Pontificia Universidad Católica de Chile*.
- Cortina, A. (2013). ¿Para qué sirve realmente la ética? Barcelona: Paidós.
- Concilio Vaticano II. (1965) *Constitución dogmática Gaudium et Spes. Sobre la iglesia y el mundo de hoy*. Recuperado de http://biblio3.url.edu.gt/Libros/2012/Doc_SocIgle/9.pdf
- Delors, J. (1996). La educación encierra un tesoro. Informe a la Unesco de la Comisión internacional sobre la educación para el siglo XXI. Madrid: Santillana, Unesco.
- Dussel, I. (2006). *Exigencias: Nuevos desafíos para el maestro*. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/842189-exigencias-nuevos-desafios-para-el-maestro>.
- Hechos y Crónicas. (2013) Suicidio juvenil estremece al mundo. *Hechos y crónicas, 121*. Recuperado de <http://revistahyc.com/index.php/analisis/cronicas/actos-de-los-gobiernos-del-mundo/item/121-suicidio-juvenil-estremece-al-mundo>
- Pascual, J. (1995). *La vida Moral y la reflexión ética*. Madrid: McGraw-Hill.

- Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española*. 22.^a Ed. Madrid: Espasa-Calpe.
- Rubia, F. (2010). *La consciencia es el mayor enigma de la ciencia y la filosofía*. Recuperado de http://www.tendencias21.net/La-consciencia-es-el-mayor-enigma-de-la-ciencia-y-la-filosofia_a4026.html
- Santamaría, C. (1998). *Los sicarios de la Palabra*. *Diario del Sur*, 7A.
- Sherrington, C. (1940). *Man on His Nature*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vidal, M. & Santidrián, P. (1981). *Ética social y política*. Madrid: Ediciones Paulinas/Ediciones Verbo Divino.